

Iceberg, Notas del director

Esta es la historia que más me ha apetecido contar en mi vida, y por suerte, estoy muy feliz de hacerla realidad.

Desde siempre me han encantado las películas sobre la infancia y sobre todo, la adolescencia. Es la parte de mi vida que recuerdo con más nostalgia y alegría.

Mi cortometraje “Soldaditos de latón” tiene como protagonistas a niños de 8 años. En mi última película, “Amateurs” la protagonista es una chica de 16 años.

En “Iceberg” he querido mirar dentro de mí y tirar de mis recuerdos y de lo más profundo de mi corazón. Volver a los 12 años, a las emociones más fuertes... las que se tienen por primera vez y marcan tu vida.

Gran parte de las cosas que suceden en esta historia, las he vivido yo mismo. He exprimido al máximo mis experiencias. La muerte de mi padre en mi adolescencia me afectó muchísimo. Al morir, mi vida cambió y una lucha nació en mí. Por un lado, querer seguir siendo un niño, y por otro, madurar... y en mi cabeza se producían titánicas batallas que aun hoy tengo que dominar.

Hace unos meses, Blanca Torres (coguionista) y yo, decidimos ir a Salamanca, mi ciudad, y recorreremos de arriba abajo el río Tormes para trabajar “*in situ*” con el guión y descubrir localizaciones que nos ayudasen a narrar la historia. Fue una vuelta total a la adolescencia y volvieron cientos de recuerdos de mi niñez, cuando todavía las familias iban los domingos al río a lavar el coche. Redescubrí un río casi igual que hace 25 años. Sigue salvaje y turbulento, flanqueado por árboles desnudos y salpicado de juncos enfangados. Revolotean aves que recuerdan a las zonas portuarias y a veces se oyen ruidos que producen escalofríos.

Cuando comenzamos a escribir el guión y describir los paisajes, lo hacíamos casi sin pensar. No teníamos que imaginar nada, porque lo habíamos palpado.

En la vida de nuestros personajes, surge un iceberg. Tienen un problema. Y tienen que resolverlo solos. Enfrentarse en solitario, por primera vez y sin ayuda de nadie.

Desde el principio sabíamos que para contar nuestra historia no podía haber padres ni personas mayores; estos chavales no podían tener a su lado a sus protectores... había que explorar cómo maduraban... solos. Había que ver el iceberg solo, en la inmensidad del invierno.